



TODAS A UNA

XVII DÍA DEL PÍNFAÑO | 2022

(Este es un relato novelado de un hecho real, aunque los nombres son fruto de la imaginación. Pido disculpas a las autoras por las licencias que me he permitido.)

Tiembla el asiento y el paisaje corre. Campos, bosques, matorrales pasan a toda velocidad. Las nubes cubren el cielo al atardecer y a lo lejos se divisa una franja brillante. Uno, dos tres... cientos de postes unidos por una tela de araña de cables quedan atrás. Dentro del vagón, un silencio solitario nos envuelve, el resplandor de las pantallas de los móviles destaca entre las butacas. Recuerdo cuando viajaba desde mi pueblo al internado. Tenía dieciséis años y el vagón llevaba departamentos separados. Hacíamos amigos en los viajes, jugábamos a las cartas, compartíamos la merienda y hasta la bota de vino rondaba entre todos...

Llegar al colegio: un vuelco en el corazón, una nostalgia de la familia, del amor aparcado en el pueblo, unas ansias enormes de que pasaran los primeros días, y recordarlo todo como algo lejano, acostumbradas otra vez a la rutina. Aquel año fue especial, estábamos en Sexto de Bachiller, el curso discurrió con normalidad. En mayo teníamos los exámenes finales y, en junio, si aprobábamos, debíamos enfrentarnos a una Reválida que abarcaba los contenidos de Quinto y Sexto curso. Entre unas cuantas decidimos atajar el estudio haciéndonos con las pruebas de los exámenes antes de estos. La Secretaría estaba en la planta baja; a continuación de la puerta había un espacio; después un mostrador con una mampara de cristal traslucido y una ventanilla desde la que se atendía a la que fuera a preguntar o solicitar algo. En este «horno», lleno de máquinas de escribir y multicopistas, se cocinaban todos los exámenes para las trescientas sesenta alumnas que estudiábamos allí.

Una noche de finales de mayo nos acostamos como siempre, pero el corazón nos iba a cien. Teníamos escondidos los guantes y las linternas, nos metimos en la cama casi vestidas, con el camisón encima. Nos costó bastante disimular, porque

dormíamos en un gran dormitorio, en la primera planta, con otras cincuenta compañeras y una monja, que nos vigilaba para que estuviéramos en silencio. Cuando se apagaron las luces y sentimos acostarse en su camarilla a la madre Teresa, esperamos media hora de reloj para darle tiempo a que se durmiera. Después nos levantamos sigilosamente Pilar, Elena, Paula, Carmen y yo. Caminábamos en fila, casi sin respirar; las linternas de la primera y la última provocaban luces y sombras, y un sudor pegajoso nos corría por la espalda. Llegamos a la puerta de Secretaría y Elena, que se había pasado un mes entrenando para abrir puertas con una horquilla, abrió a la primera. Después había que saltar la mampara, de esto se encargaban Paula y Carmen. Pilar y yo alumbrábamos; cuando saltaron, abrieron la ventanilla, y les pasé una linterna. Elena, mientras, vigilaba. Localizaron los exámenes y a toda prisa se hicieron con el botín deseado. Había que volver a saltar la mampara, Paula salvó el obstáculo con limpieza, pero Carmen dio un golpe con la rodilla y oímos el crujido del cristal. Sin mirar atrás cerramos la puerta, escondimos la prueba de nuestro delito debajo de las ropas y, silenciosas y veloces como felinos, regresamos a nuestras camas.

Al día siguiente nos guiñamos, unas a otras, dos veces el ojo derecho, era la señal: «Aventura con éxito». Conforme discurría la mañana las clases se sucedieron sin sobresaltos, pero llegó el recreo. Eran las doce del mediodía, un trío con cara de pocos amigos se presentó en el aula: la madre Superiora, la tutora y la Jefe de Estudios. Madre Natividad era como un armario y con más autoridad que Napoleón.

—Señoritas alumnas de este Colegio de Huérfanas de Militares, hagan el favor de confesar inmediatamente quiénes han sido las que han cometido el robo de los exámenes la noche pasada —bramó la Jefe de Estudios.

—.....

—Se lo voy a repetir por última vez: ¿quiénes han robado, con nocturnidad y premeditación, los exámenes y, además, han roto la mampara de cristal de Secretaría?

—.....

—Quedarán ustedes de pie hasta que decidan hablar, por supuesto, si no se aclara esto antes de la hora de comer seguirán aquí sin comer —dijo Madre Natividad.

La Madre Superiora y la Jefe de Estudios salieron con buen paso, y la tutora se sentó en su silla, colocada encima de la tarima, y se puso a leer.

Yo pensaba, «Ay cuando se entere mi madre, qué disgusto y qué riña voy a tener», y supuse que las demás pensarían lo mismo que yo.

Pasaron las horas y nadie se movía. Llegó la hora de comer, y nadie se movió. Otra monja sustituyó a la tutora. Cuando llevábamos cinco horas de pie nos permitieron sentarnos. Cada hora que pasaba nos hacían la misma pregunta y obtenían el silencio por respuesta. Llegó la hora de la cena, nos mandaron al comedor, cenamos en completo silencio. Cuando acabó la cena, la Jefe de Estudios se presentó en el comedor.

—Señoritas, vista su actitud, hemos avisado al General Gutiérrez del Valle y mañana tendrán que responder ante él por su delito. Les adelanto que aquellas que han llevado a cabo esta fechoría suspenderán el curso y se irán a su casa hasta los exámenes de septiembre. Ahora ya pueden irse al dormitorio y espero no oír ni una sola palabra.

Desfilamos para el primer piso como corderos que van al matadero. Las compañeras de los otros cursos nos miraban con cara de susto.

Doce horas después apareció el General con la «plana mayor» del colegio. Desde el desayuno seguíamos de pie en el aula.

—Señoritas, vergüenza tenía que darles querer aprobar haciendo trampas. Eso es indigno de ustedes. Como hijas de militares deberían tener como bandera la honradez... —Así continuó una bronca del General de una hora, mientras las monjas que lo acompañaban asentían con gestos a todos sus reproches y echaban fuego por los ojos.

Por último, nos dijo:

— Las que cometieron el delito deberán dar un paso adelante y librar a sus compañeras del castigo y el deshonor.

Ante su asombro, dimos un paso adelante toda la clase. Durante un rato, que pareció eterno, se oyó un silencio atronador.

— ¡Enhorabuena! —rugió el General—, son dignas hijas de sus padres. Estoy muy orgulloso de ustedes. Y ahora... váyanse a sus casas hasta septiembre.